

¿TOLERA EL COMUNISMO LA PEQUEÑA PROPIEDAD PRIVADA?

Judex.

A fines de Agosto pasado pronunció en La Habana un notable discurso el Director del poderoso Instituto de Reforma Agraria, el comunista Carlos Rafael Rodríguez. Aseguró con todo aplomo ante los representantes de las Cooperativas Agrícolas del Pueblo que éstas dejaban de existir a partir de aquel mismo día. "Sus deficiencias obligan a transformarlas", —añadió. La radio de La Habana, que transmitió el acto dijo que de los 590 jefes de Cooperativas cañeras que asistieron al mismo, 523 opinaron que era una buena idea la de convertir las Cooperativas en las llamadas "Granjas del Pueblo", a pesar de que las Cooperativas pertenecen a sus miembros, mientras que las Granjas se dicen ser del pueblo, pero son propiedad del Estado.

Rodríguez subrayó, por si alguno mostraba extrañeza: "En las primeras etapas de la Revolución se permitieron las Cooperativas, pero nunca se pensó en que éstas iban a durar para siempre". Lo cual quiere decir que con o sin deficiencias, las cooperativas hubieran desaparecido igualmente. Y hubieran desaparecido porque el Comunismo no tolera ninguna clase de propiedad ni grande ni pequeña, ni individual ni colectiva.

Es claro que el paso había de darse gradualmente. Primero se "expropiaron" los grandes y pequeños propietarios de campos de caña, en virtud de la famosa Ley de Reforma Agraria y en favor del pueblo. Los guajiros, se dijo, serán desde hoy en adelante dueños de los campos que cultivan y no braceros, como en tiempos de la tiranía capitalista y del imperialismo yanqui. ¡Se acabaron de una vez para siempre los salarios de hambre! Y aunque, cuando la guerra estaba aún por ganar, se habían extendido allá arriba en la Sierra Maestra títulos de propiedad "privada" a favor de algunos braceros a los que se permitió "ocupar" las haciendas que cultivaban, una vez llegado Fidel Castro al poder, se encontraron éstos con la desagradable noticia de que su propiedad había de ser "en común", en forma "cooperativa", y con que ellos seguirían cobrando un "salario". No el mismo salario "de hambre" que habían recibido hasta entonces sino... otro menor aún. Las reclamaciones no sirvieron de nada. Es decir: sirvieron para aprender una cosa nueva para ellos, que el que no quiera pasarlo mal bajo la "suave" dictadura "del proletariado" ha de ser sordo y mudo. Y si además es ciego, tanto mejor.

El tercero y último paso en la evolución de la propiedad de la tierra acaba de darse. La propiedad "en común" pasa a ser propiedad del Estado y las cooperativas desaparecen, más que por inútiles (que sin duda lo fueron) por innecesarias. Carlos Rafael Rodríguez dispondrá ahora en nombre de sus amos ruso-chinos de todas las tierras de Cuba. Y los guajiros trabajarán para el Estado comunista, en vez de trabajar para un amo capitalista. Pero no tendrá propiedad alguna, ni grande ni pequeña.

Hay un error muy extendido acerca de este punto. Se dice que el Comunismo viene a hacer justicia social. Viene a quitar las riquezas a aquellos que las poseen en cantidad exagerada para repartirlas entre los que no tienen ninguna. Pero la realidad de todos los países que han caído bajo sus garras (y ahora de Cuba) es que el Comunismo va contra toda propiedad privada, sea mucha o sea poca, sea adquirida por la explotación injusta de los demás, sea adquirida por el trabajo honrado del humilde artesano u obrero. Los ricos son los primeros perjudicados, pero no son los únicos ni los más. Tras ellos vienen los miles, los millones de familias pobres o modestas que viven también del régimen de propiedad privada, que quieren continúe ese régimen social y que sólo aspiran a un trato más justo, a una posición mejor dentro de él.

Así ocurre;

—con el taxista que se gana la vida con lo que le deja "su" automóvil...

—con la mujer del pueblo, con la viuda, que con sus ahorritos de toda la vida ha comprado una casita y vive del alquiler, de lo que le produce "su" casa...

—con el que a fuerza de trabajar como dependiente ha logrado tener "su" pequeña bodega, donde expende café, refrescos, cerveza...

—con el técnico que monta "su" taller para reparar televisores o máquinas de escribir...

—con los vendedores ambulantes de frutas que van pregonando "su" mercancía por nuestras calles...

—con el carpintero que tiene dos ayudantes asalariados en un taller de "su" propiedad...

Son sólo algunos casos.

Todas estas personas son pequeños propietarios. O pequeños productores. Basan su vida en la pequeña propiedad privada.

El comunismo va contra la pequeña propiedad.

Y contra todos estos que acabamos de enumerar "también" va el comunismo.

Lo dice Carlos Marx en el "Manifiesto Comunista": "Los comunistas pueden resumir su teoría en esta fórmula única: abolición de la propiedad privada". (1) Pero esta abolición ¿será tan sólo de la gran propiedad privada o también de la pequeña? Carlos Marx responde de nuevo que no hay excepción, que toda propiedad debe abolirse igualmente: "En resumen, los comunistas apoyan por doquier todo movimiento revolucionario contra

(1) MARX-ENGELS, "Obras Escogidas", pág. 23. Buenos Aires, Ed. Cartago, 1957.

el estado de cosas social y político existente. En todos estos movimientos ponen en primer término, como cuestión fundamental del movimiento la cuestión de la propiedad, cualquiera que sea la forma más o menos desarrollada que presente esta propiedad".⁽²⁾

Lenín se expresa todavía con mayor claridad: "Suprimir las clases no consiste únicamente en expulsar a los terratenientes y a los capitalistas —esto lo hemos hecho con relativa facilidad— sino también en suprimir a los pequeños productores de mercancías..."

"Estos pequeños productores con sus resabios burgueses influyen en nuestro proletariado comunista, lo desmoralizan, lo arrastran de nuevo hacia las prácticas de pequeño burgués, hacia la atomización, el individualismo..."

"Es mil veces más fácil vencer a la gran burguesía centralizada, que a estos millones y millones de pequeños patronos; estos últimos con su actividad corruptora, invisible, tienden a provocar su restauración".⁽³⁾

¿Por qué?

La razón que aducen es que la persona que conserva en su poder bienes de producción, bienes que no se consumen con el primer uso (digamos un taxi, una bodega, un taller de carpintero, una casita) tiene en sus manos un instrumento para oprimir a un necesitado, haciéndole trabajar en provecho suyo. La única manera de evitarlo es suprimir toda propiedad. Así nadie podrá abusar de ella.

Tal razonamiento debería llevar a suprimir toda libertad ante el peligro de que haya quien abuse de ella y cometa crímenes, y encerrar en los presidios a todos los ciudadanos, cosa que resulta evidentemente absurda e impracticable. Pero admitido este principio como norma de conducta, entonces se comprende perfectamente que en los países comunistas se persiga todo género de propiedad. Tolerar a los pequeños propietarios y llevar al paredón tan sólo a los poseedores de grandes fincas sería lo mismo que arrancar las malas hierbas por un lado y sembrarlas por otro. Sería como dar una batida contra los grandes ladrones y tolerar a la vez a los pequeños rateros.

El "artel" y la "comuna" en Rusia.

Por esta razón los comunistas quitaron en Rusia la propiedad de sus tierras a todos los campesinos, incluso a lo más pobres y formaron con ella grandes extensiones de cultivo propiedad del Estado, exactamente como ahora se está haciendo en Cuba y antes se hizo en China y antes en Ucrania y en Hungría y en Polonia.

En 1929 Stalin prometió que al terminar el plan quinquenal los "kolkhozes" (o granjas colectivas) poseerían 25 millones de hectáreas de tierras en vez de los 2 millones que entonces poseían. ¿A costa de quién?

"A costa de las sementeras de los campesinos pobres y medios". Y añadía: "¿Qué os imaginábais? ¿Es que hay acaso otro camino para llevar

(2) MARX-ENGELS, "Obras Escogidas", pág. 35. Buenos Aires, Ed. Cartago, 1957.

(3) LENIN, "Obras Escogidas", tomo II, págs. 737 y 738. Moscú, Edic. en lenguas extranjeras. 1948.

la hacienda individual de los campesinos pobres y medios al cauce de la hacienda colectiva?”. “Es extraño que haya quien no quiera comprender estas cosas tan sencillas”. (4)

Y Lenin le había dado la razón mucho tiempo antes: “Mientras vivamos en un país de pequeñas haciendas campesinas, el capitalismo tendrá en Rusia una base económica más sólida que el comunismo”. (5)

Es claro que en Rusia, como ahora en Cuba, se procedió de alguna manera por grados. Antes de establecer la “comuna” se impuso “el artel”, que es una forma más suave de colectivismo en la que se tolera un mínimo de propiedad individual. He aquí cómo lo explica el mismo Stalin:

“Tomemos ahora el problema del artel agrícola y la comuna agrícola. Hoy todos reconocen que el artel es, en las condiciones actuales, la única forma acertada del movimiento kolkhosiano...”

“A diferencia del artel, donde están colectivizados únicamente los medios de producción (la tierra, el ganado, los tractores y aperos de labranza), en las comunas no sólo se colectivizan los medios de producción sino también los bienes personales de cada miembro; es decir, los miembros de la comuna, a diferencia de los miembros del artel, no tenían como propiedad personal aves de corral, ganado menor, vaca, cereales y el huerto anejo a la casa...”

Stalin reconoce que en el proceso de colectivización se fue demasiado de prisa y hubo que dar marcha atrás durante algún tiempo:

“Para defender su existencia y no desmoronarse, las comunas se vieron obligadas a renunciar a la socialización de los bienes personales y empezar a funcionar aplicando el sistema de pago por jornadas de trabajo... Permiten la posesión personal de aves de corral, de ganado menor, de una vaca, etc. Pero esto se ha hecho tan sólo porque así lo exige el movimiento kolkhosiano de masas y no significa que la comuna no sea necesaria ni que haya dejado de ser la forma superior del movimiento colectivista. No. La comuna es necesaria y constituye, claro está, la forma superior del movimiento kolkhosiano. Pero sería un crimen el acelerar artificialmente el proceso de transformación del artel en la comuna futura que embrollaría las cosas y facilitaría la obra de nuestros enemigos”. (6)

No puede haber quien se oponga.

No es por tanto el Comunismo un régimen social violento contra los que un día tuvieron dinero, sino contra todos los que —ricos o pobres— quieran tener algo de propiedad.

Y ¡ay de los que se opongan! Sentirán sobre sí todo el peso de la dictadura más férrea e implacable.

Porque los comunistas al apoderarse del poder implantan la que ellos llaman “Dictadura del Proletariado”, que es la manera cómo disfrazan la dictadura de su grupito, de su propio Partido. Y esa violencia la emplean contra todo el que quiera oponerse a su paso, sea gran productor, sea pequeño productor.

(4) STALIN, José, “Obras”, tomo XII, pág. 91, Moscú. Edic. en Lenguas extranjeras. 1955.

(5) LENIN, citado por Stalin en “Obras” tomo XIII, pág. 182. Moscú, Edic. en Lenguas extr. 1955.

(6) STALIN, José, “Obras”, tomo XIII, págs. 367-368. Moscú. Ed. en Lenguas extranjeras. 1955.

"La dictadura del proletariado es la guerra más abnegada y más implacable de la nueva clase contra un enemigo más poderoso, contra la burguesía... cuya potencia consiste, no sólo en la fuerza del capital internacional, en la fuerza y solidez de las relaciones internacionales de la burguesía, sino además... en la fuerza de la pequeña producción". Y añade insistiendo en la necesidad de extirpar toda clase de propiedad, aunque sea pequeña: "Por desgracia ha quedado todavía en el mundo mucha pequeña producción y ésta engendra al capitalismo y a la burguesía constantemente, cada día, cada hora, por un proceso espontáneo y en masa". (7)

Recordemos lo que decíamos al principio y apliquemos este razonamiento a aquellos ejemplos.

Un campesino que tiene tres o cuatro vacas y vende la leche que éstas producen, es un pequeño productor

Un obrero que abre un taller mecánico y arregla radios o conduce un taxi, es un pequeño productor.

Lo mismo uno que otro están condenados a perderlo todo y caer en la más absoluta esclavitud personal frente al Estado omnipotente.

Kravchenko, un testigo de mayor excepción.

Este implacable exterminio de toda forma de capitalismo, esta dictadura, estas violencias de que hablan lo mismo Stalin que Lenin no son amenazas vanas. La colectivización del campo en Rusia supuso la muerte de millones de campesinos, liquidados sobre el terreno o deportados a Siberia por el sólo delito de ser pequeños propietarios; y sobre el modo brutal con que se llevó a cabo en Ucrania, por ejemplo, sabe algo el actual Premier ruso Khrushchev. Y aunque no ha querido contarlo todo, sí ha contado mucho: todo lo que pudo cargar sobre las espaldas de Stalin, para denigrarlo y destruir la aureola de creador del Estado comunista ruso que él mismo se había fabricado.

Hay otro testigo de mayor excepción que ha denunciado todos los crímenes que conoció durante su larga vida en Rusia: Víctor Kravchenko, el autor del libro "Yo elegí la libertad". Nacido en Rusia, vivió 39 años en su patria y militó desde los 24 años en el Partido Comunista Ruso, ocupando el cargo de Director de la industria metalúrgica de Kemerovo y de la fábrica Novo-Trubni de los Urales, la mayor en su género no sólo de Rusia sino de Europa. Era en los tiempos de la dictadura de Stalin y el 4 de Abril de 1944 se fugó de la Embajada Soviética en Washington, a la que había sido destinado y buscó de esta manera liberarse de la pesadilla que constituía para él ese estado continuo de crímenes y violencias en el que tenía que vivir por la fuerza.

Sus relatos confirman nuestra tesis; el comunismo no persigue tan sólo a los ricos y capitalistas. Despoja de su propiedad a todo el que posea algo. Y cuando los que van a ser despojados se resisten a ello, aunque sean pobres, se descarga contra ellos toda la maquinaria represiva policiaca y se les deshace. Tomemos de su libro dos casos al azar. (8)

(7) LENIN. "Obras Escogidas", tomo II, pág. 717. Moscú. Ed. en Lenguas Extranjeras. 1948.

(8) KRAVCHENKO, Víctor. "Yo elegí la libertad". Guillermo Kraft, Buenos Aires. 3ª Ed. 1949.

Y, recordémoslo, se trata de un testigo autorizado. Porque a la Embajada Soviética en Washington, capital del más grande adversario político y militar de la URSS, no se destina a un cualquiera.

El caso "Vasya".

—¿Cómo se llama su hijito? —pregunté. Había observado al niño que, melancólicamente, se mantenía en un silencio fuera de lo natural. Ni los confites, que mascaba sin entusiasmo, despertaban su interés.

—Vasya —dijo el niño, respondiendo él mismo a mi curiosidad, y en forma repentina abandonó la estancia.

—No es hijo nuestro —explicó el dueño de casa—. Es, ¿cómo podría expresarlo?, un huérfano del colectivismo.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Que es huérfano, eso es todo; pero no le haga preguntas de ninguna clase al niño; todavía está atontado por el golpe. Todos los días, al anochecer, regresa a su casa y vaga durante horas por el patio y los corrales. Nosotros tratamos de consolarlo, haciéndole comprender que de nada le sirve atormentarse; mas él no interrumpe su diaria visita al lugar.

—Pero, ¿qué aconteció? Háganoslo saber, por favor.

—No sé si debo hacerlo. Ustedes son recién llegados y, por otra parte, pertenecen al Gobierno.

—Vamos, viejito, no tema usted; no hemos venido a hacer daño a persona alguna. Amamos a los campesinos y queremos ayudarlos.

—Bueno, correré el riesgo con ustedes. Ambos parecen personas decentes. Por lo demás, soy demasiado viejo para tener miedo. Lo único que lamentaría es que le sobreviniese alguna desgracia a mi hija.

Y nos hizo la siguiente narración:

"A unas diez casas de aquí vivían los Vorvan: hombre, mujer y un hijo, el Vasya en persona que acaban ustedes de ver. Constituían una familia feliz. Trabajaban con intensidad y eran buena gente. Muy lejos estaban de ser kulaks, pues apenas contaban con un par de caballos, una vaca, un chanco y unos cuantos pollos, como cualquier otro vecino. Sin embargo, ningún argumento los indujo a incorporarse a la granja colectiva.

"Los despojaron de todos los granos que tenían y de nuevo insistieron en que depusiera su actitud; llegaron a las amenazas, mas no cedió. —Es mi tierra —repetía constantemente—; son mis animales, mi casa, y no los entregaré al gobierno—. En tales circunstancias llegó gente de la ciudad. Esos funcionarios hicieron un inventario de los bienes de Vorvan y se lo llevaron todo, hasta el último cacharro y toalla, en tanto que los instrumentos de labranza y el ganado pasaban a la granja colectiva.

"Vorvan fue declarado kulak y agente kulak y por la noche se presentaron a prenderlo. Su esposa e hijo se deshicieron en llanto y súplicas y él se negó a abandonar su hogar. Los agentes lo golpearon entonces hasta que sangraba por todas partes, y, arrastrándolo, lo extrajeron de la casa; siempre tirando de su maltrecha humanidad por las calles, lo llevaron hasta el Soviet de la aldea, a través de los barrizales. Su mujer corría detrás, dando alaridos, gritando su desesperación e implorando a los vecinos y a Dios que la ayudaran. Todos acudimos al llamado, pero nada pudimos hacer contra los guardianes armados; bien sabíamos que Vorvan nada tenía de kulak y todos lo queríamos y simpatizábamos con él.

"La infeliz mujer no dejaba de vociferar: "¿Quién cuidará de nosotros, Piotr? ¿A dónde te llevan estas bestias pérfidas?" Uno de los hombres de la G. P. U. la empujó con tal violencia que la infortunada mujer cayó de bruces en el barro, mientras subían a Vorvan a un vagón de ganado. Dónde está ahora, sólo Dios lo sabe. Llevamos a la mujer de vuelta a su casa y nos esforzamos por consolarla. Por fin se quedó dormida y todos nos retiramos..."

"Por la mañana, una vecina acudió a la casa para ver a la pobre señora Vorvan, mas no la encontró. La llamó por su nombre sin obtener respuesta. Empezó a buscarla por todas partes y al entrar en el establo vacío dio con un espectáculo que la hizo prorrumpir en gritos de locura. Muchos campesinos acudieron a la carrera, yo entre ellos. La mujer de Vorvan colgaba de una viga; estaba bien muerta. Jamás podré olvidar la escena, así viviera cien años. Todo esto aconteció no hace más de un mes.

"Mi vieja y yo decidimos traer a Vasya a casa, ya que no teníamos niños. Vasya se ha mantenido en silencio, interrumpido sólo por accesos de llanto; desde hace un mes y todos los días cuando empieza a oscurecer, como ya le llevo dicho, recorre como alma en pena la casa abandonada; regresa después a nuestro hogar y sin decir una palabra se pone a dormir junto al horno".⁽⁹⁾

¡Así se trata a los campesinos pobres en Rusia!

Páginas después, Kravchenko añade este otro relato:

Cacería de "kulaks" en la aldea.

"Oscurecía cuando regresé a la aldea junto con varios compañeros. Al punto nos dimos cuenta de que algo grave ocurría. Grupos excitados había aquí y allí. Las mujeres lloraban. Me dirigí apresuradamente al edificio donde estaba instalado el Soviet.

—¿Qué pasa? —pregunté al alguacil.

—Otra cacería de kulaks —me respondió—. A lo que parece, jamás terminará esta ingrata tarea. La G. P. U. y gente del Comité del Distrito llegaron esta mañana.

Una compacta muchedumbre se había congregado en torno al edificio. La policía pugnaba por dispersarla, sin conseguirlo. Algunos proferían interjecciones. Numerosas mujeres y niños lloraban histéricamente y repetían los nombres de los esposos y los padres, respectivamente. El conjunto configuraba una escena de pesadilla.

Dentro del edificio del Soviet, Arshinov conversaba con un funcionario de la G. P. U. Ambos sonreían, al parecer cambiándose chanzas.

En el patio posterior, custodiados por agentes de la G. P. U., revólver en mano, estaban de pie alrededor de veinte campesinos, jóvenes y viejos, con bultos a la espalda. Unos cuantos de ellos lloraban; los demás permanecían hoscos, resignados, desesperanzados.

De modo que esto era la "liquidación de los kulaks como clase"! Una partida de sencillos campesinos, a los que arrancaban de su suelo nativo, despojados de todos sus bienes mundanos, para enviarlos a algún obraje lejano o a obras de irrigación en lugares remotos. En esta ocasión y por alguna razón no visible, las autoridades dejaban atrás a la mayoría de las familias de esos hombres; los lamentos de sus componentes llenaban

(9) KRAVCHENKO, obra citada, págs. 146-148.

el aire. Saliendo de la sede del Soviet, vi dos milicianos que traían a un campesino de edad madura. No cabía duda que había sido maltratado: su rostro estaba negro y azul y caminaba penosamente; sus ropas eran jirones, indicación de lucha.

Quedé paralizado, y mientras permanecía allí presa de la congoja, avergonzado e impotente, oí el grito sobrenatural de una mujer. Todos dirigieron sus miradas hacia la infeliz y dos miembros de la G. P. U. se lanzaron a la carrera en pos de ella. La mujer, la cabellera tremolante, llevaba un haz ardiendo en las manos, y antes de que sus perseguidores pudieran alcanzarla, lanzó el haz en llamas sobre la barda de la parte superior de la casa, que al instante se inflamó.

—¡Perversos! ¡Asesinos! —gritaba la enloquecida mujer. Trabajamos toda la vida para tener nuestra casa. ¡No se quedarán ustedes con ella! ¡Las llamas la consumirán! —Y sus chiquillos se resolvieron repentinamente en locas risotadas.

Los campesinos se introdujeron raudos en la casa incendiada y empezaron a extraer los muebles. Había algo de macabro e irreal en la escena toda: el fuego, las lamentaciones, la mujer demente, los campesinos arreados como bestias, a través del fango, antes de partir al destierro. El rasgo más espantoso de tan tremendo espectáculo era para mí la visión de Arshinov y el oficial de la G. P. U., contemplándolo todo con la máxima tranquilidad, como si se tratase de algo rutinario, como si el incendio de la casa fuera una hoguera prendida para su esparcimiento".⁽¹⁰⁾

¡Así se trata a los pequeños propietarios y a los campesinos pobres en Rusia!

Ettori Vanni.

Ettore Vanni, comunista italiano que peleó por Moscú en la guerra civil española y que se refugió en Rusia al terminar ésta, cuenta en sus memorias "**Yo comunista en Rusia**", lo que vio durante sus ocho años de permanencia en ese "Paraíso".

Coincide enteramente con Kravchenko:

"La experiencia de mi permanencia entre los campesinos puede ser resumida brevemente; no hay campesinos, sino braceros del Estado. **Toda la tierra** —dice el artículo sexto de la Constitución Soviética— **pertenece al Estado, así como el ganado, las fábricas, las herramientas de trabajo, etc.**

"La colectivización de la tierra no ha encontrado nunca, ni lo encuentra ahora, el apoyo de los campesinos. Fue impuesta **con la violencia**. Fueron empleados contra la población agrícola medios de **terror** sin precedentes en la historia. Aldeas enteras incendiadas y destruidas por la aviación del Gobierno Central. Oficialmente fue reconocido que el número de campesinos deportados por no haber querido acatar la colectivización, asciende a **Cinco Millones**. Nadie, nunca ha sabido cuántos han sido fusilados. Lo que se sabe con absoluta certeza es que en regiones enteras los fusilamientos se hicieron en masa, con el fin de aterrorizar a la población."⁽¹¹⁾

¿Para qué acumular otros relatos?

(10) KRAVCHENKO, obra citada, págs. 155 y 156.

(11) VANNI, Ettore, "**Yo Comunista en Rusia**", Barcelona, Ed. Destino, 3ª Ed. págs. 237-238. 1952.